

# COMO NACE CASTILLA

POR FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

**P**ROBABLEMENTE el enunciado de este trabajo ha despertado en vosotros un íntimo sentimiento de recelo o una ligera desconfianza, o bien una tentación de indiferencia y aburrimiento. Os diré, sin embargo, para empezar, que no quiero evocaros viejas consejas inútiles ni ocupar vuestra atención con un confuso enredo de fechas y nombres, ni siquiera entreteneros con un cuento de miedo como los que, según dicen, tejen las viejas junto al fuego. Quiero recordaros algo que es entrañablemente vuestro, que va a despertar una voz dormida acaso en vuestro corazón, que os va a convencer de vuestra unión con uno de los gestos más nobles y de las gestas más gloriosas que tiene la historia de la Humanidad, incitando el legítimo orgullo de vuestro lejano origen, estimulando las energías recónditas y revelando las esencias admirables y, por otra parte, indeclinables de vuestro ser.

## LA ESPAÑA DE SAN ISIDORO

Os invito a un largo viaje en el tiempo y en el espacio, un viaje largo, pero entretenido. Es entretenido, sobre todo para quienes, como vosotros y yo, hablamos el castellano. No olvidemos que la lengua que se habla es la sangre del alma. Nos vamos a situar en la tierra donde el castellano nace y en el momento preciso en que, con timidez y audacia a la vez, nos sorprende con sus primeros balbuceos. Es la tierra que se extiende desde el Ordunte y Orduña, desde el alto de Valderas y los macizos de Reinosa hasta las llanuras del Duero, Soria y Gormaz, Aranda y Peñafiel; y desde las riberas del Pisuerga hasta Nájera, puerta de la Rioja, ciento cincuenta kilómetros de norte

a sur, y ciento de este a o este. Es la tierra predestinada: quebradas salvajes y valles medrosos, picos en hielos y fértiles riberas, hayedos y pinares, viñas y alfoques de pan llevar, donde se va a formar el primer núcleo del imperio con su savia original, con su sello inconfundible, con su ímpetu arrollador, con su lengua dominadora. Su comienzo es tan sencillo y tan grande como el comienzo de Roma; comienzo de esfuerzo y de bravura, de idilio pastoril y de leyenda épica. Si en la orilla del Tíber el origen primero fué una tribu de agricultores audaces y rapaces, aquí pudo decir el poeta:

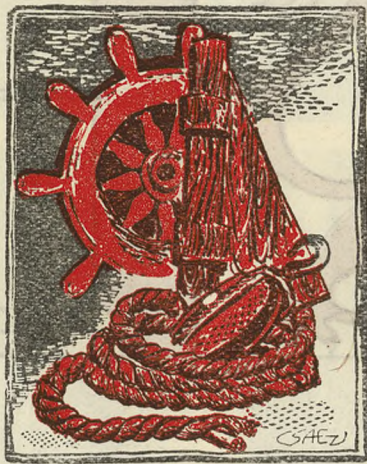
Varones castellanos, este fué su cuidado;  
de llegar su sennor al más alto estado,  
duna alcaldía pobre fizieronla condado,  
tornáronla después cabeza de regnado.

La manera como se hizo el prodigio es algo que tiene todo el sabor de un relato fabuloso y todo el misterioso hechizo de una obra de magia. La tierra del Destino había quedado vaciada y limpia, como un frasco en el cual queremos echar una esencia infinitamente preciosa. Por allí había pasado el moro quemando iglesias; después pasó la guerra, saqueando y matando; después pasó la peste, penetrando con su guadaña hasta los rincones más escondidos de las casas y de las selvas; a continuación el hambre, empujando hacia el sur a los restos famélicos de la población, y, finalmente, llegaron las huestes vengadoras de Alfonso I, *el Católico*, apagando toda centella de vida, matando a los moros según los usos universales de la guerra de aquel tiempo, y llevándose los cristianos al interior. "Omnia cremavit". Todo lo dejó yermo hasta el Duero, dicen las antiguas crónicas.

Lo que ha de formarse allí debe ser completamente nuevo, de una frescura absoluta, de una originalidad radical. En el siglo anterior había conocido España un primer nacimiento. Por la espada de los caudillos germánicos se había formado aquel brillante reino de Toledo, que ponía sus plantas, por un lado, más allá del Pirineo, en la Galia Norbonense, y por otro, más allá del Estrecho, en el Africa Tingitana. Unidad religiosa por las definiciones del tercer concilio toledano, unidad política mantenida por el puño fuerte de los conquistadores, unidad geográfica, puesto que toda la Península obedece a la misma ley y al mismo poder central, que manda en todas direcciones sus duques, sus obispos, sus condes y sus gardingos desde la roca del Tajo, en que se levanta su alcázar. San Isidoro se apresura a cantar a aquella España, que por vez primera es dueña de sus destinos; se inclina sobre su cuna y dice aquella nana apasionada: "¡Oh España, España, tú eres la porción más noble del Orbe!... El sol no alumbraba tierra más rica y gloriosa... El griego te amó, te arrebató el romano, el godo te ha hecho suya para tu dicha y bienestar..." Pero al mismo tiempo Isidoro temblaba. Aquello no era lo español, no existía un ideal común, no había una fusión de pueblos; prevalecían las violencias góticas; lo romano no estaba aún cernido y diluido; el vascón protestaba en el Pirineo; el cántabro sacudía el yugo porfiadamente. Por eso todo aquello se hundió al primer embate de la tormenta del desierto. Es ahora cuando va a empezar la verdadera creación, la construcción inmovible, la fusión perfecta; y va a empezar en aquella tierra, que se parece al crisol donde el mago se dispone a hacer sus mezclas prodigiosas. La guerra, la desgracia, el dolor y la muerte van a juntar sus esfuerzos para batirlas y zarrandearlas, para conseguir la gran unidad, que hace los templos recios y tenaces las razas.

## LA NUEVA CREACION

Estamos en el año 800. El moro reina en Córdoba y desde allí envía cada año sus mesnadas hacia las montañas del norte, y cada año los rechazan también los indomables montañeses. Pero no basta con resistir, hay que avanzar al otro lado de aquellos baluartes naturales. Lo pide el recuerdo de aquellas tierras que un siglo atrás abandonaron los abuelos en el pánico de la derrota; lo exige la necesidad, cada día mayor en aquellas sierras bravías, donde la población crece sin cesar; lo reclama el anhelo de un porvenir más holgado, el odio al invasor que se ha apropiado lo que no era suyo; la angustia por el ideal combatido, por la religión amenazada, por la libertad en peligro. Por todos los ámbitos de los montes resuena una consigna general: Repoblación. Y empieza el éxodo de norte a sur, de la montaña a la llanura peligrosa, pero llena de promesas. El rey lo alienta con privilegios y libertades, el conde lo capitanea, el abad lo bendice. Allí



afuera se va a vivir en un peligro constante; pero va a haber reparto de tierras, botín, fueros y gloria. Por Reinosa y el puerto del Escudo descienden los cántabros; por Orduña y Miranda, los vascones, y en Mena y Sosa se juntan unos y otros. Los guían las gentes góticas que en otro tiempo tuvieron sus posesiones y sus feudos en aquellas tierras foramontanas. Bajan los más valientes, los más bravos, los más aventureros. Llegan al encuentro de la riqueza o de la muerte a una tierra desierta y virgen, que hacen suya con el derecho de la presura, como se decía entonces, es decir, de la ocupación; a una tierra que podía hacerles ricos, pero que estaba sujeta a la amenaza continua de las "razzias" musulmanas. Había que luchar y trabajar a la vez. En una mano la espada y la azada en la otra, y aun así, con frecuencia, las mieses florecían para que los jinetes cordobeses, un buen día de verano, llegasen a incendiarlos. Era el tributo sin tregua de la castellería, el servicio de vigilancia nocturna y diurna contra el saqueo, la agresión y la muerte. Muchos caían, pero otros venían a reemplazarlos, atraídos un poco por el ansia de la aventura, otro poco por el mérito de la guerra santa, otro poco por el señuelo de la independencia y del bienestar. En cada valle surgía una iglesia; a la sombra de la iglesia aparecía un grupo de casas; en la peña contigua se alzaba el castillo para las horas de la incursión y de la lucha; y así nacía la parroquia, se formaba la aldea, empezaba a dibujarse el municipio, se trenzaba la cadena de oro de los apellidos y los linajes, y los valientes conquistaban la gloria y la hidalguía. El castillo era como el símbolo de aquella fuerza nueva, el refugio en las horas del peligro, la circunstancia externa que daba su fisonomía a la región, lo que hería y llenaba la mirada cuando se la contemplaba desde las cimas inaccesibles de las montañas, que tenían sus baluartes naturales en sus empinados riscos. Cuando alguien aludía a la zona de la repoblación, lo primero que se presentaba a su imaginación era aquel florecimiento de castillos, aquellos penachos de fortalezas, y así nació el nombre de la tierra: Castilla, los castillos, la región de los castillos. Los había en cada eminencia y se multiplicaban con más abundancia ante los fosos naturales de los ríos. Cada río es una línea fortificada. Primero la del Ebro, a la cual se llega en cincuenta años de lucha, de 800 a 850. Treinta años más de heroísmo sublime y se tiende la línea del Arlanzón; año 882 cuando renace Oca y nacen Burgos y Castrogroiz. Es el pequeño condado, cuyos límites nos describe el poeta en aquellos versos famosos:

Estonce era Castilla un pequenno rynchon,  
era de castellanos Monte d'Oca mojóñ,  
e de la otra parte Fitero enfondón,  
Moros tenian Carazo en aquella sazón.

Pero el avance continúa; el turbante se aleja de Carazo; el picón de Sara se corona de almenas y bastiones, y su alfoz, tan rico como la silla que Santa Oria tenía preparada en el cielo, según la expresión de don Gonzalo de Berceo, queda erizada de ermitas y de cruces. Es la tercera línea estratégica, la del Arlanza rápido y sanguinolento, desde la cual, en salto de tigre, los adalides de la repoblación alcanzan las aguas más caudalosas del Duero, fabricando sus nidos en Gormaz, en San Esteban, en Aza y en Peñaranda. De esta manera, en el año 912 queda asegurado el solar de los tiempos heroicos. Un siglo de luchas sin tregua con derrotas y reveses, con angustias y dolores, con cuerpos mutilados y hacinamientos de cabezas, con torrentes de sangre y esperanzas siempre tronchadas, pero sin un momento de renuncia, sin un paso atrás, sin un solo gesto de desfallecimiento y de cobardía.

## LAS CUATRO NOTAS

Así se ha formado la primitiva Castilla, la del esfuerzo inicial y la resistencia sobrehumana, la de los cuatro ríos, cuyas aguas corren todavía levantando rumores de gesta y evocando hemistiquios de alejandrinos. Así se ha forjado, sobre todo, en tres o cuatro generaciones una raza dura, independiente, batalladora, hecha a todas las intemperies y avezada a todos los obstáculos. Poco a poco se han ido dibujando las diferencias esenciales que existen en el hombre del interior y el foramontano que vive en la tierra de los castillos. A la sombra de los castillos, el alma se ha abroquelado de una reciedumbre hirsuta y agresiva; se ha caldeado con puritanismos furiosos el fuego de la fe; se ha cultivado un sentimiento de altivez apartadiza, y se ha encendido la sangre con ansias indómitas de libertad y rebeldía.

Ante todo, hay allí un sentido heroico de la vida que se ha agitado con la adversidad y el peligro. Aquellos hombres son los descendientes de los cántabros rebeldes y de los vascones siempre indóciles a todo yugo. Tienen un tesoro originario, que se ha acentuado con la lucha de cada día. Cada día pueden encontrarse con la faz huesuda de la muerte o con la dulce embriaguez de la victoria. Esta alternativa constante los ha hecho duros, graves, fuertes, austeros, estoicos, resistentes a la fatiga y al combate y sublimemente indiferentes al halago y al placer. Esto va en ellos íntimamente unido a un anhelo incoercible de formar el mañana y a una maravillosa voluntad creadora. Si en otras partes las gentes se cruzan de brazos ante el miedo a las cercanías del año 1000, ellos prosiguen sin descanso su tarea y su lucha. Parece como si al llegar al Duero estuviese agotado su impulso, como si no fuesen a seguir avanzando. Aquello no será más que una línea provisional. Se detienen, porque es allí donde pueden rechazar los combates cada vez más violentos del califato en todo su esplendor; pero al mismo tiempo siguen templando su espíritu, formando su lengua, desarrollando sus leyes, fecundando su vida y preparándose en el silencio para mayores avances. Aquel siglo de externo estacionamiento es la interna vibración de la savia aparente, la operación misteriosa de la semilla que hunde sus raíces en el suelo para la hora feliz de la epifanía de la flor, para la alegre manifestación del fruto lejano. Ni los amedrentan apocalípticos terrores, ni los deslumbran ilusiones fantásticas. Su actitud espiritual parece resumirse en aquellas lacónicas palabras, que por aquellos días se escriben en sus monasterios: vivir como si hubiéramos de morir esta noche; trabajar como si hubiéramos de ser eternos en la tierra.

### AUSTERIDAD Y DUREZA

Tal es el ideal sublime, que los sacerdotes recuerdan a los repobladores, que los condes exigen a los vasallos. A veces, la naturaleza protesta; pero, de hecho, no hay nadie capaz de retroceder. Saben que su vida se haría intolerable para otros hombres que no tuviesen aquella resistencia descomunal, y así se lo dicen a su jefe con frase lapidaria:

Non es omne en el mundo que pudiese endurar  
la vida que avemos nos e vos a pasar.

Esa vida que no tiene descanso y parece tendida hacia un futuro sin esperanza. Trabajan y luchan; sembrar sin recoger, y hacer frente a un enemigo infinitamente más poderoso sin ver el fin de la secular contienda. Se miran serios con ojos interrogadores y aceptan su destino con serenidad y grandeza, con gesto grave, exento de toda petulancia y teatralidad. Comprenden la voz del jefe cuando les expone el concepto ascético y militar de todo heroísmo fecundo. Según esa noble filosofía, la grandeza del hombre se mide por su capacidad para sufrir y luchar. Al dejar este mundo, no se llevan al otro lado los goces, ni queda el recuerdo de las horas tranquilas, sino que lo que realmente permanece son los trabajos, los sacrificios y los "fechos granados":

Todos los que gran fecho quisieron acabar,  
por muy grandes trabajos ovieron de pasar,  
non comen cuando quieren sin cenar ni han yantar,  
los vicios de la carne ovieron d'olvidar.

Non cuentan d'Alexandre las noches e los días,  
cuentan los buenos fechos e las caballerías;  
cuentan del rey Davit, el que mató a Golias,  
de Judas Macabeo, hijo de Matatías.

Por tanto ha menester que los días contemos,  
los días e las noches en que los espendemos,  
quantos en valde pasan nunca los cobraremos:  
amigos, bien os vedes, qué mal seso traemos.

### ESPIRITU RELIGIOSO

Toda esta energía se alimentaba en la savia de la fe, y aquella resistencia tenía, en definitiva, su primer sostén en el fervor religioso. Tanto como el castillo, el símbolo de aquella tierra es el monasterio. Los dos se defienden mutuamente, porque si el castillo es el refugio de los cuerpos, el monasterio es la fuente milagrosa adonde van las almas a



renovar su valor y a encender su esperanza. No se da un paso hacia adelante sin que surja un monasterio nuevo; pero hay cuatro más ilustres, que son como los cuatro pilares espirituales del condado: San Pedro de Arlanza, que es el monasterio del primer conde independiente, el de Fernán González; en el centro, San Pedro de Cardeña, el monasterio de García Fernández, el conde de las manos finas; más al norte, San Salvador de Oña, el monasterio de Sandio García, el conde de los buenos fueros; y ya cerca del Duero, San Sebastián de Silos, al cual espera un glorioso porvenir de santidad, de arte y de heroísmo.

De estos recintos sagrados parten los guerreros hacia la frontera, y a ellos vuelven para dormir el último sueño en sus pórticos o para dar gracias ante sus altares al dador de la victoria. La lucha por la vida se ha identificado con la lucha por la fe. Es el choque de la cruz contra la media luna, la media luna, que interrumpe el sueño a la medianoche, que incendia la cosecha en el campo, que se lleva cautivos al mancebo y a la doncella, que destruye la casa recién levantada y que se presenta cada año sembrando destrozos y lamentos. Y al par que aumenta el amor a la cruz, se acentúa el odio al símbolo que enarbola el enemigo secular; amor y odio, que se confunden en una misma llama de exaltación religiosa y de fervor apasionado. Tan fuerte llega a ser este sentimiento, que la muerte se considera menos temible que el pacto con el Islam, porque la muerte es el martirio que merece el galardón de la gloria. Navarra se consolida por una política nada escrupulosa de alianzas con los emires de Córdoba y los reyezuelos de Zaragoza; Asturias y León alejan la tormenta aceptando las condiciones del moro y pagando tributo; sólo Castilla rechaza los ofrecimientos, se cierra a los halagos y a las amenazas; y en los días angustiosos de Almanzor, cuando todos han renunciado a la lucha, ella se encuentra con su tesón de siempre en la frontera, cayendo y levantándose, luchando y muriendo, enarbolando con feroz intransigencia el estandarte de la cruz contra la avalancha cósmica del invencible hagib. Y al mismo tiempo, en retaguardia, se alza la voz confiada de la fe con un acento nuevo, con la lengua que nace entre las riberas de los cuatro ríos, voz de adoración y de plegaria, de esperanza y de júbilo, como debía ser el primer balbuceo de una lengua que nacía para ser el molde luminoso de aquel espíritu. Por aquellos mismos días la lengua italiana se extremaba cantando las rosas de un rostro de mujer y las dulzuras del amor; al mismo tiempo, el francés anunciaba su presencia en un canto de guerra. También el castellano tendrá acentos heroicos y se estremecerá con júbilos y melancolías en canciones del amigo y de la amada; pero quiere empezar su carrera gloriosa postrándose en tierra, juntando las manos, haciendo una profesión de fe en la Trinidad, que el moro niega, y levantando al cielo una oración a la vez sencilla y sublime. Escuchad ese primer vagido, en que se exhala lo más hondo del alma de Castilla en aquellos días de tremenda angustia: "Conno aintorio de nuestro duenno, duenno avisto, duenno salbatore, cual duenno set ena honore, et cual duenno tienet ela mandacione, conno Padre, conno Spiritu Santo, enos siécolos de los siécolos. Faganos Deus Omnipotens tal servicio fere que delante ela sua face grandiosos segamos. Amen." Sólo esto: la ayuda de Dios, el reconocimiento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el gozo auténtico, el que brilla confiado y activo delante de la faz de Dios. Después ya se pueden osar todos los imposibles, acometer todas las empresas y despreciar todos los peligros.

### ALTIVEZ

Pero una cosa debe quedar bien sentada: que no hay más que un dueño en el mundo, un solo Señor, un salvador único. Es Cristo, que tiene el honor y el imperio con el Padre y el Espíritu Santo; no el rey de León, que se empeña en extender su señorío sobre Castilla. La más antigua frase de la lengua castellana nos revela ya, juntamente con el alma religiosa, el alma altiva y rebelde de aquellos hombres. Tienen una conciencia clara de su superioridad y no se recatan en proclamarla. Ese gesto de nobleza, esos aires de gran señor, que llenan de asombro a los extranjeros cuando, al atravesar los campos de Castilla, ven a los aldeanos, que vuelven de sus labores envueltos en su capa o montados en su jumento, son una herencia de aquellos días lejanos. Poco a poco se había ido acentuando la diferencia que existía entre el habitante del interior y el foranitano que vivía en la tierra de los castillos. Los azares de la lucha habían dado a éste una condición social más avanzada, de la cual podía estar orgulloso. Era el con-

trapeso que tenía aquella existencia azarosa. Allí en el interior, la inmensa mayoría de la población estaba compuesta de *juniores*, de hombres sujetos a la gleba o más o menos atados con los lazos de la servidumbre. Aquí la vida era más difícil frente al moro, pero más llevadera frente al señor. Muchos infanzones, muchos propietarios, muchos hombres libres; porque la repoblación se hacía a base de ampliar libertades de fueros, de privilegios, de concesiones territoriales, que pudiesen compensar los afanes de una existencia en continuo sobresalto. También en la llanura leonesa se había desarrollado una intensa actividad repobladora; pero allí, la cercanía de la autoridad real y la multitud de los magnates que bullían en la corte habían sofocado los anhelos de libertad y las posibilidades de innovación en la organización de la vida. En Castilla, la autoridad del conde era universalmente acatada; pero se la atacaba como el símbolo y el promotor de una vida más noble y más digna. En torno suyo se desarrollaba un plan sugestivo de orden social, que propugnaba la elevación de todos a un grado más alto y que defendía la norma de que todo hombre mejor debe ser preferido al que es inferior a él; el activo al inepto, el noble al vil, el valiente al cobarde. Era aquello un régimen democrático ascendente. Mientras que en León y en Asturias la vieja aristocracia conservaba sus posiciones, aquí la aristocracia tradicional, no teniendo nada que hacer, opta por refugiarse en tierras leonesas, y su lugar vienen a ocuparlo los caballeros, que han ganado un título en las guerras fronterizas. Es en esta región donde por vez primera encontramos los caballeros villanos, los que empezaron por conseguir la libertad de movimiento y tuvieron luego la propiedad de un campo, y al fin, con su propio esfuerzo, consiguieron subir al primer grado de la nobleza, que les daría acceso a todos los demás. Pertenecer a la clase de los *benenati*, de los biennacidos, era entonces la aspiración suprema; y he aquí que el régimen condal abría de par en par las puertas para conseguir esa aristocracia difícil o casi imposible en otras partes. Los labradores se convertían en caballeros al aceptar la defensa de los castillos ganados en la frontera o al poblar las villas amenazadas de un peligro constante. Y así se realizaba una elevación general de la vida, un ennoblecimiento del trabajo y del esfuerzo personal, una restauración de la dignidad humana, que tendría su repercusión en la obra de la reconquista y por la cual habría de recoger Castilla la di-rección de las empresas peninsulares. Hay un viejo romance que nos refleja de modo perfecto aquel concepto ascensional, creador de una aristocracia nueva y forjador de los futuros linajes. En él habla el conde Fernán González con el rey Sancho de León, que le promete villas y posesiones si accede a presentarse en las cortes para besarle allí la mano. Activo e irreducible, contesta el castellano:

Villas e castillos tengo,  
 todos a mi mandar son;  
 dellos me dejó mi padre.  
 dellos me ganara yo;  
 los que me dejó mi padre  
 poblelos de ricos hombres,  
 los que yo de hube ganado  
 poblelos de labradores;  
 quien no había más de un buey,  
 dábale otro, que eran dos;  
 el que casaba su hija,  
 le daba yo rico don.  
 Cada día que amanece  
 por mi hacen oración;  
 no la hacían por el rey,  
 que no la merecen, non;  
 él los puso muchos predios,  
 y quitáraselos yo.

## LIBERTAD

Aunque tardío, este romance es el eco del espíritu que animaba a aquel pueblo en fermentación que en las tierras del Arlanzón y del Duero se esforzaba por consolidar su personalidad para cuando sonase la hora de reanudar su marcha hacia el sur, libre de apegos a la tierra. Había ganado tierras, había adquirido bienestar y riqueza; pero más que sus valles fértiles, amaba sus libertades. Y ahora se apiñaban como un solo hombre en torno a su jefe, el conde que les llevaba a la victoria. Y sentíanse orgullosos al ver cómo en una actitud de desafío ante el rey se llamaba conde por la gracia de Dios. Más que al guerrero, más que al vencedor de Abderrahman y sus generales, amaban y admiraban en él al mantenedor de las viejas costumbres, al hombre que se sentaba en las juntas populares para dictaminar y sentenciar, al bienhechor generoso que casaba las hijas de los hidalgos y las enriquecía, que confirmaba los fueros de las villas y los ampliaba, que re-

corría los pueblos castellanos honrando a villanos e infanzones y fomentando toda iniciativa generosa.

La diferenciación se convierte pronto en franco antagonismo, y el antagonismo llega al fin a una lucha declarada. Frente al reino leonés, que propugna la continuación de la idea gótica humillada en el Guadalete, Castilla era el potro brioso que se esfuerza por romper el viejo sistema de una rigidez yerta, empeñado en mantener moldes gastados, anquilosado en un formulismo frío, que sólo sirve para encadenar entusiasmos. Y, no obstante, aquello parecía lo bárbaro, lo heterodoxo, lo que por todas partes despertaba la oposición y el escándalo. Los mismos castellanos se veían precisados a exclamar: "¡Ay! ¡Como somos omnes de fuerte ventura! ¡Ca por nuestros pecados todos los de Espanna nos desaman mucho en grand manera; et noş non habemos a quien levantar nuestra cueita, sino a ti, o Sennor!" Se ha podido decir que cuando el conde castellano y sus infanzones se presentaban en León, hallábanse como fuera de su centro. Se los espiaba, se los miraba recelosamente, y cuando aparecían entre los "fieles" del rey, iban bien protegidos con fuertes lorigas de cuero bajo las capas "franciscas". Hasta su manera de hablar causaba extrañeza y desdén. Aquel dialecto rudo y sonoro, que algo más tarde se impondría en toda España, era tenido por cosa plebeya y vulgar, que hacía sonreír a los pulcros abades cortesanos y los confirmaba en el carácter rebelde y apartadizo de aquellos castellanotes. Y luego aquel desprecio por el Fuero Juzgo, que los obligaba a presentarse en la corte para resolver sus litigios y conseguir ante el rey una justicia difícil, que muchas veces se les escamoteaba con el complicado aparato de tantos capítulos, títulos, distinciones y consideraciones. Ellos no sabían nada de esto, ni se les permitía conocer aquel azaroso vivir de frontera, ajeno a las lentitudes de la casuística legal. Por eso odiaban la ley de los godos, contra la cual habían luchado antiguamente sus padres cuando se la imponían los reyes de Toledo. ¡Cuánto mejor era la manera sencilla y patriarcal con que ellos pretendían resolver sus pleitos, con tal rapidez y ausencia de solemnidad, que podían ventilarse de pie, y por eso los llamaban "juicios levatos". Bastaba la sentencia del hombre bueno, ajeno a las argucias de los leuleyos y conocedor de las viejas "fazañas", de las soluciones, conservadas de boca en boca, que otros hombres buenos habían dado en casos semejantes. Era el juicio del libre albedrío, que en normas apodícticas recogía el dictamen del sentido común popular, enriquecido con influencias jurídicas de la tradición oral.

Y un buen día, aquellos hombres recogieron todos los manuscritos de la Ley Recesvintiana, que pudieron hallar en la región, los llevaron a la iglesia de Santa Gadea, de Burgos, y les pegaron fuego. Así fué el rompimiento. Siguió luego una lucha épica, proseguida con una tenacidad prodigiosa durante un cuarto de siglo frente a los reyes de León, frente a los caudillos navarros y frente a los recursos inagotables del califato cordobés. La dirige el "buen conde" Fernán González, "un guerrero natural de todo bien cumplido", "cuerpos de buenas mañas", "guerrero de lozano corazón" y personificación perfecta de su pueblo: de sus afanes, de sus aspiraciones, de sus luchas, de su ideal, de su fe y hasta de su tozudez, sus rebeldías. En sus venas había seguramente sangre gótica; pero quiso acallar sus impulsos para hacer triunfar las más hondas esencias nacionales. Lo godo se junta en él a lo más radicalmente español, y es esto lo que asegurará la grandeza y permanencia de su obra, y lo que le mueve a identificarse con aquella raza templada en el horno de la tribulación y caldeada por la llama de una íntima y fogosa vitalidad indomable, su alma toda, segura de sí misma y dispuesta a todas las eventualidades, palpita en esta respuesta que le inspiran las amenazas del rey Sancho en el vado de Carrión:

Eso que decía, buen rey,  
 veolo mal aliñado:  
 vos venís en gruesa mula,  
 yo en ligero caballo;  
 vos traéis sayo de seda,  
 yo traigo mi arnés trezado;  
 vos traéis alfanje de oro,  
 yo traigo lanza en la mano;  
 vos traéis cetro de rey,  
 yo un venablo acerado;  
 vos con guantes olorosos,  
 yo con los de acero claro;  
 vos con la gorra de fiesta,  
 yo con un casco afinado;  
 vos traéis ciento de mula,  
 yo trescientos de caballo.



zart, sobre todo. Buen balandrista, adora los deportes marinos, y sus pasiones, aparte del mar, sentidas desde muy niño, son la equitación y la caza. Es gran tirador.

Dibuja de afición, con bastante destreza. Gusta de pasar apuntes de animales, perros, caballos. Fuma mucho, cuatro cajetillas al día, y aún tiene el gusto por las golosinas de la infancia. Es de carácter tímido y sencillo, pero muy risueño. Muy ordenado, durante su ausencia cierra a piedra y lodo sus libros, sus cosas, para que no anden en ellas los hermanos. Uno de veintinueve estudia para ingeniero naval.

Interrumpe la conversación el Colón más pequeño. Un niño de once años, precioso, que acaba de andar con un bote de cola y que nos mira alegre con los claros verdeazulados ojos que debió mirar el Descubridor. Y, para terminar, hacemos una última pregunta a la madre:

—¿Qué lee su hijo?

—Muchas novelas de aventuras. Hasta les quita el "Coyote" a sus hermanos. Y policíacas. También todo lo escrito sobre Colón. Conoce todas las biografías que hay del Almirante...

—También esas son novelas de aventuras..., sólo que verdaderas.

E U G E N I A S E R R A N O

## COMO NACE CASTILLA

(VIENE DE LA PÁGINA 50)

### EXPANSION

Llega al fin la separación, encaminada a una unidad más alta, porque, es cierto, Castilla es separatista, porque se siente el núcleo de la gran unificación. Superando el propio particularismo, que sólo en apariencia tenía los rasgos de un egoísmo feudal, Castilla asegura su libertad de movimiento en vista de un orden superior y con el presentimiento de una misión colosal que cumplir. Bien pronto se convierte en centro propulsor de actividad, en organizadora de empresas gigantescas, en las cuales interesará a los demás pueblos peninsulares. En el siglo IX, la ocupación lenta del solar, primero; en el siglo X, la conciencia de sí misma con el reconocimiento de su personalidad; en el siglo XI, la hegemonía en la dirección de la vida hispánica. Ya está formada y enraizada en la tierra originaria; ya se ha llenado de savia vital, que le va a permitir un crecimiento prodigioso; ya lleva dentro una fuerza expansiva, que la va a convertir en un espíritu que se mueve, y camina y avanza con empuje arrollador. De un salto hasta el Tajo. Caen Toledo y Valencia, y la figura del Cid se levanta triunfal en la llanura, como símbolo de aquella vitalidad:

*Por necesidad batallo,  
y cuando monto en la silla,  
se va ensanchando Castilla  
al paso de mi caballo.*

Castilla no es una región, es una fuerza que anda. En el siglo XIII, Sevilla y Córdoba. Vuelven a la basílica de Santiago las campanas que Almanzor había llevado a la gran mezquita de su capital. En el siglo XIV, Tarifa y Algeciras. El desierto africano, tornado de invasiones y tormentas de fanatismo; pero nada puede detener la marcha hacia el sur. En el siglo XV, Granada, Italia, Europa. El mundo es pequeño para la fe de aquellos hombres, y estrecho para la fuerza cósmica que los empuja. Mirados frente al mar tenebroso, con su vigor intacto, con la vitalidad ardiente de la primera hora. Por vez primera surcan sus aguas las tres carabelas angulares, la magna trinidad de la aventura. Va a comenzar la inmensa epopeya, la manifestación insospechada y fulgurante:

*del alma de la estirpe, el alma hispana  
tozuda, indeclinable,  
inflamada de fe, la fe en sí misma  
abroquelada de sus ideales,  
confiada en sus vehemencias,  
segura de alcanzar lo inalcanzable.*

Así canta uno de los grandes poetas americanos, recientemente fallecido, evocando aquellas jornadas sin reposo y sin camino, aquellas odiseas interminables, aquellas peripecias fabulosas, aquellos héroes temerarios, caballeros del ideal, catapultas del carácter:

*hombres que sólo anhelan,  
partir, partir, partir sin equipaje,  
y no saben a dónde ni hasta cuándo,  
y no saben si para siempre;  
darse del todo, en alma y cuerpo,  
a lo que no se sabe.*

El descubrimiento, la exploración, la conquista, la colonización de un mundo. La alcaldía de la primera hora es ya un imperio en el que no se pone el sol. La lengua vibrante y luminosa del Arlanza resuena sobre los picos de los Andes y las aguas del Amazonas, enriquecida con sonoridades inéditas y resonancias nuevas. Es Castilla que sigue su avance por la selva y por la montaña, a través de la puna y de la manigua, por ríos que son como mares y por mares que habían desconocido las velas más audaces; Castilla, que en una entrega de generosidad inexhausta va a transfundir su espíritu ardiente, combativo, heroico, en docenas de pueblos destinados a un glorioso porvenir por la fidelidad a la voz ancestral, al imperativo victorioso de la herencia común, que es sangre y es alma, savia generosa de hispanidad, con las cuatro notas irrenunciables que hallamos en el comienzo de todo: la noble altivez, la libertad como condición de grandeza y ascensión, la angustia religiosa y la capacidad infinita de sacrificio.

## LOS LECTORES también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos estas columnas para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que, a juicio de la Revista, merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Montevideo, 8 septiembre 1948.

Señor Director de la Revista MVNDO HISPANICO.—Madrid (España).

De mi mayor consideración y estima: Tiempo atrás, haciendo el acostumbrado recorrido entre mi hogar y la oficina donde trabajo, tuve oportunidad de ver en una librería el primer ejemplar de MVNDO HISPANICO. Inmediatamente me posesioné la imagen de mi madre, que es española, y me interesé por la Revista, para llevarla en caso de encontrarla amena. Me agradó muchísimo, y cuando, ya de retorno a mi casa, la puse en sus manos, me abrazó y me besó fuertemente, no pudiendo reprimir sus lágrimas, emocionada.

¡Qué grande fué su felicidad en aquellos minutos en que las páginas nerviosamente pasadas le iban entregando nombres, paisajes y escenas que su mente se había esforzado en retener desde el día que dejó su Patria! ¡Qué profunda satisfacción comprobar que su hijo había heredado parte de su acendrado amor al terruño de sus mayores!

Leía con avidez, como si en su mente fueran adquiriendo movimiento los cuadros inanimados del papel, como si los rostros impresos se iluminaran y cobraran expresión de vida, como si las palabras pronunciadas por sus labios en voz muy baja, religiosamente, fueran despertando resonancias lejanas, descubriendo horas vividas que se habían esfumado con brumas de muchas noches y muchos días. No ha sido ésta la única vez que mi madre se ha emocionado frente a los recuerdos de su España amada.

Por las noches, cuando la radio trae las voces y las melodías de la Madre Patria—no importa que todos se hayan retirado a descansar, no importa que sea tarde—, ella se acurruca junto al receptor y llora mansamente. Lloras sus "saudades", sus nostalgias. Es feliz porque tiene su hogar; pero lo sería más si el cielo fuera su cielo si sus manos pudieran recoger a puñados la tierra iluminada por el sol de sus primeros días.

Sin quererlo, me he alejado del motivo de esta carta. En ella quería agradecer la felicidad que

a mi madre le ha dado la lectura de MVNDO HISPANICO, felicidad que yo compré por algunas monedas, pero cuyo verdadero valor no hay dinero en el mundo capaz de igualar. Hago votos para que esta publicación encuentre en Hispanoamérica la más franca aceptación, pues su contenido, de gran valor cultural e informativo, así lo merecen.

Sin embargo, hay algo que me ha apenado, y es que mi país no esté representado en esta gran revista como lo están otros. Me queda la esperanza de que, en breve plazo, aparecerán en esa publicación artículos firmados por algún uruguayo.

Agradeciendo nuevamente el mensaje de cordialidad que significa cada ejemplar de MVNDO HISPANICO y deseando que cada vez sea más amplio su interesantísimo contenido, me declaro a sus órdenes, deseoso de colaborar en la forma que usted se sirviera indicarme, de ser ello posible, saludándole con mi mayor consideración y estima.

Su seguro servidor,

PEDRO AGUSTÍN ALVAREZ.

Pestalozzi, 3927. Montevideo.

En MVNDO HISPANICO se ha dedicado ya alguna página al Uruguay. Ultimamente, en el número 8, hemos publicado una breve y sustanciosa biografía del famoso dramaturgo Florencio Sánchez. Y en el inmediato número 10 aparecerá otro trabajo, ampliamente ilustrado, sobre dicho país.

MVNDO HISPANICO.

6 octubre 1948. Habana (Cuba).

Señor Director de la Revista MVNDO HISPANICO.

Distinguido señor: Llena de entusiasmo, me dirijo a usted para darle testimonio del gran interés que ha despertado en mí esa hermosa revista.

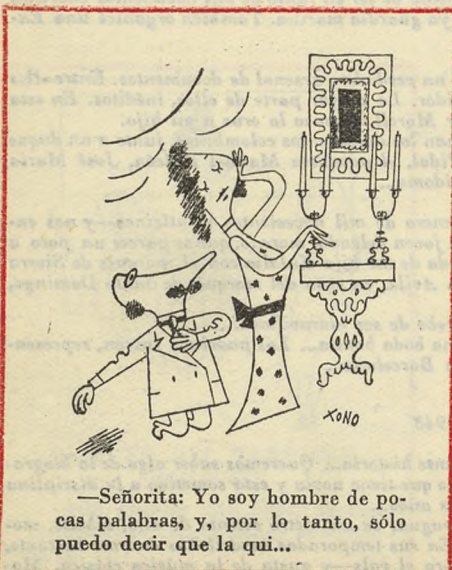
Desde muchos puntos de vista, nos satisface el hallazgo de una publicación del buen gusto y refinamiento de MVNDO HISPANICO, cuyas páginas, llenas de sugerencias, constituyen una promesa de orientación y encauzamiento para el pensamiento hispanoamericano.

Cuando leímos en el número correspondiente al mes de septiembre sus comentarios editoriales, que tituló "Política de ideas", tuvimos la sensación de haber hecho un importante descubrimiento, y es que MVNDO HISPANICO viene a llenar el vacío que han dejado en nosotros otras publicaciones de carácter radicalmente extraño al de nuestra sensibilidad. Tal vez durante mucho tiempo se nos ha estado haciendo creer que carecemos de cultura, cuando la realidad es que la cultura en nosotros ha tenido simplemente un carácter distinto.

Hay cosas que no alcanzan a entender las propagandas caprichosas que tanta circulación han tenido entre nosotros, y es que las sociedades crecen y se desarrollan independientemente de la voluntad del hombre, que nunca son producto exclusivo de la razón, que no son como los hombres quieren que sean, sino como ellas mismas se van tornando. Esa es la raíz de nuestros problemas: psicológica, cultural. Se nos ha querido forjar de una manera, y no podemos ser sino como somos.

Sin más, quedo de usted att. y s. s.,

MATILDE VICNAU.



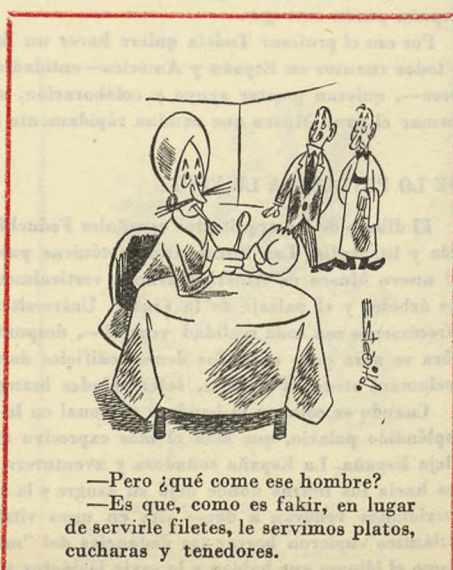
—Señorita: Yo soy hombre de pocas palabras, y, por lo tanto, sólo puedo decir que la qui...



FARMACIA  
—... Y en ese frasco negro guardamos la medicina para despachar las recetas que no entendemos bien.



FAKIRES  
—Pues sí; yo ahora sólo como botellas, porque ¡hay que ver el precio que tienen los clavos!



—Pero ¿qué come ese hombre?  
—Es que, como es fakir, en lugar de servirle filetes, le servimos platos, cucharas y tenedores.